

**BARTOLOME DE LAS CASAS,
INICIADOR DE LA NARRATIVA PROTESTA**

José Juan Arrom

Apenas fundadas las primeras poblaciones de la incipiente sociedad colonial, llega a las Indias un joven sevillano llamado Bartolomé de las Casas. Cuando desembarca en la Española en la primavera de 1502 se siente motivado, como otros tantos españoles, por anhelos de aventuras y afanes de riquezas. Le habían precedido el padre y un tío, de modo que no le fue difícil obtener un repartimiento en esa isla. Estando allí se ordena de sacerdote, siendo la suya la primera misa nueva cantada en el Nuevo Mundo. Se traslada luego a Cuba con Diego Velázquez y obtiene otro repartimiento cerca del puerto de Jagua. Pero las tropelías que presencia en aquella conquista son tantas y tan crueles que su dolidada caridad cristiana le lleva a convertirse en denodado defensor de los indios. Esa postura en favor del hombre expoliado y explotado lo situó en el centro de la máxima controversia de sus tiempos, controversia que desde entonces nos divide en dos bandos irreconciliables: los que abogan por la plena dignidad del hombre y los que lo denigran para continuar su explotación.

Esa actitud lo ha convertido en blanco constante de elogios y diatribas. Al calor del debate se ha creado un repertorio de imágenes tan diversas del fraile dominico que tal parece como si hubiese sido no un hombre sino muchos. En el conmovedor retrato que para los niños de América pintó Martí se le ve como el varón compasivo, de color de lirio, que escribía sin descanso en defensa del indio¹. De la crítica de Menéndez y Pelayo surge un Las Casas pedante y de ideas pocas, insensato infamador de España². Fernando Ortiz y Lewis Hanke lo esbozan como propulsor de avanzados experimentos sociales y precursor de la etnología americana³. Menéndez Pidal interpreta a su modo los documentos

(*) En este estudio recojo y amplío el artículo "Becerrillo: Comentarios a un pasaje narrativo del padre Las Casas", publicado en el *Libro de homenaje a Luis Alberto Sánchez*, Lima, 1968, 41-44.

1. José Martí, "El Padre Las Casas", en *La Edad de Oro*, vol. I, núm. 3, septiembre de 1889; en la edición de *Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1946, II, 1289-1295.

2. Marcelino Menéndez y Pelayo, "De los historiadores de Colón", en *Estudios de crítica literaria*, Madrid, 1895, II, 199-304.

3. Lewis Hanke, *Bartolomé de Las Casas, pensador político, historiador, antropólogo*. Prólogo por Fernando Ortiz. La Habana, 1946.

que convienen a su tesis para crear la figura de un paranoico, compulsivo inventor de patrañas⁴. Y la serie de imágenes, luminosas o sombrías, continúa sin interrupción hasta nuestros propios días⁵.

No obstante la abundancia de retratos que llenan la galería lascasiana, es difícil hallar uno solo en que se le presente como el hombre integral. Y es así que debe vérselo. Las Casas fue, en efecto, airado fiscal de las iniquidades perpetradas por muchos de los conquistadores, y elocuente apologista del indígena y sus derechos. Pero también fue el mejor documentado de los historiadores que se ocuparon de las primeras décadas de la gesta española en las Indias, propulsor de imaginativos experimentos sociales, sagaz etnólogo y lingüista, y muy en especial, pues es un aspecto que ha pasado inadvertido, narrador de singulares dotes expresivas.

A este último aspecto deseo circunscribirme. Y para situarlo en el contexto de la obra total de Las Casas, es preciso exponer aunque sea brevemente la impar fortuna de sus principales escritos. Pues mucho de lo que se dice, o se ignora, en cuanto a Las Casas, se debe tanto a la postura que asumió ante los problemas de su época como a las adversas circunstancias en torno a la publicación de sus obras.

La primera en ver la luz pública fue la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Terminada en 1542 y publicada en Sevilla en 1552, su aparición la convirtió inmediatamente en motivo de acaloradas disputas. Y de ahí que haya sido la más traducida, difundida, ensalzada, vilipendiada y peor entendida de todas. A menudo se olvida que esa obra es el alegato que Las Casas presenta como acusador en lo que era entonces un candente problema económico, político y social. Por consiguiente, en ese folleto presenta los argumentos de una de las partes. Su objetivo era persuadir tanto al rey y sus consejeros como al pueblo español, cuya aletargada conciencia deseaba conmover. Rigurosas investigaciones han demostrado que todo lo que allí se dice es esencialmente cierto. Pero ha de señalarse también que está redactado con explicable apasionamiento y frecuentes exageraciones. Y que, de todos modos es sólo una parte de la verdad. En ella quedaba sin documentar la otra cara de la conquista: esa otra cara que junto con Montesinos, Rentería y muchos más protagonizaba insigne el propio Las Casas. Ni debe olvidarse que España estaba en guerra con varios es-

4. Ramón Menéndez Pidal. *El padre Las Casas, su doble personalidad*. Madrid, 1963.

Sobre esta obra pueden consultarse las aclaraciones que Lewis Hanke le hace en "More Heat and Some Light on the Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America". *The Hispanic American Historical Review*, XLIV (1964), 293-340, especialmente 309 y siguientes. Hay traducción española recogida en sus *Estudios sobre fray Bartolomé de Las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*. Caracas, 1968, 379-428. También Marcel Bataillon, *Etudes sur Bartolomé de Las Casas*, Paris, 1966, especialmente xv-xxxix de la *Introducción*.

5. Véase Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de Las Casas, 1474-1566. Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémica...* Santiago de Chile, 1954. Con motivo del quinto centenario de su nacimiento su bibliografía se ha enriquecido considerablemente. Los trabajos más importantes han sido consignados y comentados en los correspondientes números del *Handbook of Latin American Studies*.

tados europeos y sus enemigos sacaron de contexto el documento, lo ilustraron con escenas horripilantes y lo usaron en lo que hoy llamaríamos una implacable campaña de propaganda. Y los que han entendido mal el propósito de Las Casas, o no han querido entenderlo, lo han acusado de ser el inventor de la leyenda negra.

La segunda de sus obras cardinales es la *Apologética historia de las Indias*. Aunque terminada hacia 1550, no se publicó hasta 1909, es decir, más de 350 años después⁶. El título declara sin ambages su meta: *apología* es, según la Academia, “discurso en defensa o alabanza de personas o cosas”. El terco silencio de siglos en torno a esta obra ha impedido que se conociesen a su debido tiempo la erudición y los ingentes esfuerzos que Las Casas despliega en ella. Sus tesis consiste en demostrar que las propicias condiciones ambientales del Nuevo Mundo han hecho del aborígen un ser humano dotado de belleza, inteligencia y moralidad. Por consiguiente, no cabe incluirlo en la clasificación aristotélica de esclavos por naturaleza, ni es lícito apoderarse de sus tierras y explotar su trabajo. En apoyo de esa tesis aprovecha dos fuentes de conocimientos. Una es un vastísimo acopio de citas de autoridades históricas y teológicas. Esta parte hoy nos parece de fatigosa lectura, especialmente cuando se refiere a cuestiones ya superadas. La otra fuente sigue teniendo interés y vigencia. Acudiendo a las experiencias de su larga estancia en las Antillas, México, América Central y parte de la Meridional, y haciendo uso de las observaciones que obtenía de cartas, informes y otros documentos —se dice que viajaba con once baúles atestados de papeles— reúne una mina de valiosos datos para el estudio de la etnología y la lingüística americanas. Es en esta parte donde con mayor frecuencia aparecen descripciones del paisaje, la flora y la fauna. Y es también donde su prosa cobra rasgos de energía y firmeza, de gracia y ternura y hasta se ilumina a veces con amenos toques de humorismo.

Cierra la trilogía de sus obras fundamentales la *Historia de las Indias*. Por la fecha en que lega el manuscrito al monasterio de San Gregorio en Valladolid se sabe que estaba terminada en 1559. Pero su publicación, de nuevo, esperó varios siglos: la obra se dio a la imprenta en 1875-76, y para eso basada en una copia incompleta del manuscrito. Hemos tenido que esperar hasta mediados del siglo XX para contar con una edición basada en la impecable transcripción del documento original⁷. Es en esta obra, terminada de redactar en plena madurez, donde Las Casas presenta su meditada percepción de la Conquista y nos lega su inapreciable testimonio como historiador. También, donde intercala algunos relatos que le sirven para iluminar los sucesos que va inscribiendo en su largo curso histórico.

6. En cuanto a las peripecias del manuscrito y otros informes útiles para el mejor entendimiento de esta obra vease el citado de Hanke y Giménez Fernández, pp. 121-128.

7. Esta edición de la *Historia de las Indias* se publicó en México, Fondo de Cultura Económica, 1951, 3 vols. Realizó la impecable transcripción el profesor Agustín Millares Carlo. Lleva un esclarecedor estudio preliminar por Lewis Hanke así como un índice analítico que completa su valor como obra de investigación. Todas las citas de la *Historia de las Indias* se refieren a esta edición.

Hechas estas aclaraciones, podemos abordar con la debida perspectiva, el tema de Las Casas escritor. Y comencemos por examinar su maestría en la descripción del paisaje. El ejemplo que escojo aparece, desde luego, en la *Apolo-gética historia*. Se refiere a la Vega Real en la Española y dice así:

...Creo cierto que otra vista tan graciosa y deleitable, y que tanto refrigere y bañe de gozo y alegría las entrañas, en todo el orbe no parece que pueda ser oída ni imaginada, porque toda esta vega tan grande, tan luenga, y tan larga, es más llana que la palma de la mano, antes es tan llana como una mesa de bisagras. Está toda pintada de yerba, la más hermosa que pueda decirse, y odorífera, muy diferente de la de España; pínntanla de legua a legua, o de dos a dos leguas, arroyos graciosísimos que la atraviesan, cada uno de los cuales lleva por las rengleras de sus ambas a dos riveras su lista o ceja o raya de árboles siempre verdes, tan bien puestos y ordenados como si fueran puestos a mano, y que no ocupan poco más de quince o veinte pasos en cada parte. Y como siempre esté esta vega y toda isla como están los campos y árboles en España por el mes de abril y mayo, y la frescura de los continuos aires, el sonido de los ríos y arroyos tan rápidos y corrientes, la claridad de las dulcísimas aguas, con la verdura de las yerbas y árboles, y llaneza o llanura tan grande, visto todo junto y especulado de tan alto, ¿quién no concederá ser la alegría, gozo y consuelo y regocijo del que lo viere, inestimable y no comparable?⁸.

Si hacemos memoria de las eufóricas anotaciones del *Diario* en las que Colón trasmite su asombro ante la naturaleza antillana, inmediatamente reconoceremos la deuda de Las Casas, tanto en los pormenores del paisaje como en la selección del vocabulario⁹. Pero no todo puede atribuirse a la indeleble estela del Almirante. Confluyen aquí, además de las superlativas sorpresas de Colón y acaso las dulces notas de las églogas de Garcilaso, lo que es propio de Las Casas: la emoción ante el paisaje, la riqueza de sus percepciones visuales, olfativas y auditivas, y el vivo cromatismo de su prosa. En la configuración del pasaje actúa asimismo el deliberado enaltecimiento del estilo —usual en los mejores prosistas de la primera mitad del siglo XVI— que consistía en la duplicación de sinónimos y de sintagmas paralelos con el objetivo de conferirle un majestuoso y sosegado fluir.

Omíto otras felices descripciones tanto del paisaje como de la flora y fauna¹⁰ para ocuparme de Las Casas como retratista. Abundan los trazos descriptivos de conquistadores, caciques, gobernadores y otros personajes que actúan en las páginas de su historia. Muchas veces la impaciencia en el decir acelera la pluma y entonces dibuja rápidos bocetos en los que capta, no obstante, los rasgos esen-

8. *Apolo-gética historia de las Indias*, cap. 8. En la ed. de Madrid, 1909, p. 23.

9. Para cerciorarse de que no son fortuitas estas coincidencias baste recordar que Las Casas copió largos pasajes del *Diario* de Colón, y que luego los transcribió en los primeros capítulos de la *Historia de las Indias*.

10. Además de la precisa descripción de árboles y frutas, aves y peces, reptiles e insectos, consigna datos muy relevantes sobre costumbres, idiomas, artefactos, templos y otros pormenores útiles para el estudio de las culturas prehispánicas.

ciales. Otras veces, con mayor prolijidad nos pinta personajes de cuerpo entero y retoca hábilmente los rasgos externos con pinceladas que exponen las facetas de su carácter. Sirva de ejemplo el retrato que nos deja de Colón:

Fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y los cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos...

Descrito el aspecto exterior, continúa elaborando los rasgos del retrato moral: “elocuente en sus negocios, grave en moderación, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero”. Y añade estas finas pinceladas de su comportamiento: “sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar”, comedido en el hablar, cumplidor en sus deberes religiosos, paciente y sufrido en la adversidad. Nos dejaba una de las pocas descripciones auténticas del Almirante, matizada con los tintes de un profundo respeto hacia el desdichado descubridor de América¹¹.

Sus excepcionales cualidades como descriptor de la naturaleza y del hombre se dinamizan cuando las pone al servicio de una acción. Consciente de que una anécdota apropiada o un episodio inusitado puede arrojar más luz sobre un asunto que capítulos enteros de prosa expositiva, inserta en la *Historia de las Indias* una notable variedad de relatos que podemos reunir bajo el común denominador de narraciones. Seleccionemos, para empezar, una de las más breves, tan breve que pudiera confundirse con un simple chascarrillo. Refutaba la acusación de que los indios fuesen embusteros, y para aligerar la argumentación con un toque humorístico refiere lo siguiente:

Preguntando españoles a indios (y no una vez acaeció, sino más), si eran cristianos, respondió el indio:

—Sí señor, yo ya soy poquito cristiano —dijo él— porque ya saber yo un poquito mentir; otro día saber yo mucho mentir y seré yo mucho cristiano¹².

La defectuosa sintaxis de una lengua parcialmente aprendida —siempre seguro motivo de risa— no oculta la ironía que contiene la blanda respuesta del indígena. Ni que, entre burlas y veras, hubiera invertido los papeles y dado exactamente en el blanco.

Progresando de lo sencillo a lo complejo, veamos otro ejemplo que le sirve para destacar la inteligencia del indio. El tema es central, pues el debate en torno al hombre americano descansaba, como se observó en la *Apologética* en probar si era o no ente de razón. El episodio ocurre en los inicios de la conquista. Y lo refiere de este modo:

Quiero contar una industria que tuvo un indio mensajero, que creo que fue esta vez, para salvar las cartas que llevaba de los cristianos de la

11. Lib. I, cap. 2: vol. I, 29-30.

12. Lib. III, cap. 145: III, 331.

Concepción a los del Bonaó. Diéronselas metidas en un palo que tenían aquello hueco por una parte, y como los indios ya tenían experiencia de que las cartas de los cristianos hablaban, ponían diligencia en tomarlas; el cual, como cayó en manos de las espías, que los caminos tenían tomados, fue cosa maravillosa la prudencia de que usó, que no fue a la del rey David muy desemejable. Hízose mudo y cojo; mudo para que no le pudiesen constreñir a que lo que traía o de dónde venía o qué hacían o qué pensaban hacer los cristianos hablase, y cojo, porque el palo en que iban las cartas, que fingía traer por bordón necesario, no le quitasen; finalmente, hablando y respondiendo por señas y cojeando, como que iba a su tierra con trabajo, hubo de salvarse a sí e a las cartas que llevaba¹³.

Las Casas ha contado un suceso que exalta la prudencia, la industria y la lealtad con que el mensajero cumple el encargo. Es, pues, prolongación de la tesis de la *Apologética*: el indígena es hombre con un alto grado de presencia de ánimo, discernimiento y responsabilidad moral. Pero hay algo más. Los taínos de la Española “ya tenían experiencia de que las cartas hablaban”, es decir, que expresaban mensajes cifrados en trazos cuyo secreto código no habían descubierto aún, igual que nosotros, cinco siglos después, tampoco hemos descubierto el código de los artífices taínos para transmitir conceptos religiosos en las incisiones geométricas que hacían en sus dujos y cemíes¹⁴.

Puesto que de adquirir una tecnología nueva se trata, y no de la incapacidad mental para aprenderla, Las Casas cuenta más adelante otro caso que patentiza la habilidad del amerindio para captar el arte de la navegación a vela. Como esta narración es más larga y compleja, me referiré aquí a lo esencial.

Una de las expediciones que salían de Cuba a capturar esclavos en tierras vecinas llega a unas islas cerca de Yucatán, sorprende a los descuidados moradores, desbarata su resistencia y carga el navío de cautivos. En este punto continúa Las Casas:

[En el punto] de La Habana salieron cuasi todos los españoles a holgar en tierra, quedando de ellos ocho o nueve a guardar el navío, y los indios, que debajo de la escotilla y de cubierta sin ver luz ninguna estaban; los cuales, como debían sentir su infortunio y no dormir todo el tiempo, sino estar sobre aviso, advirtiéndolo que arriba, sobre cubierta, no sonaban tantas pisadas ni oían tanto estruendo, entendieron haberse salido la gente a tierra y quedar el navío solo o con pocos, por lo cual trabajaron de forcejar contra la escotilla...

13. Lib. I, cap. 115; I, 445.

El tema del indio y las cartas dará motivo a otros cuentos. La mayoría de los autores hacen aparecer al indígena como infantil y crédulo, incapaz de comprender y por consiguiente de aprender el arte de la escritura. Me he ocupado de este asunto en el artículo “Hombre y mundo en dos cuentos del Inca Garcilaso”, *Certidumbre de América*, Madrid, 1971, pp. 27-35.

14. El lector interesado podrá hallar numerosas ilustraciones de cemíes y dujos así decorados en mi libro *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, México, 1975.

Finalmente salieron todos los indios que estaban abajo y matan a todos los marineros, y como si toda su vida fueran experimentados en aquel oficio de navegar, cosa maravillosa, nunca otra así vista en una gente desnuda, sin armas, estimada de ellos siempre y menospreciada por bestial e inculta, alzan a su placer sus anclas del navío, suben harto más ligeramente por la jarcia que los marineros, y sueltan sus velas y comienzan a navegar derechos a sus islas, que distan de allí más de 250 leguas¹⁵.

Siguen luego los pormenores del regreso, el nuevo asalto de los españoles enviados por Velázquez desde Santiago, el inevitable triunfo de las armas europeas y el cautiverio de los sobrevivientes. Y a modo de epílogo añade este comentario: “Por estos acontecimientos asaz se convence y comprende la malicia y falsedad de los que a estas gentes miserandas de bestias infaman”. Lo movido de la acción, la multiplicidad de episodios y el constante interés son, por consiguiente, los recursos anecdóticos con que reitera su propósito cardinal: defender la dignidad de aquella gente “menospreciada por bestial e inculta”, “gente miserable de bestias infamadas... Ha saltado de la apología a la acusación. E inicia así nuestra narrativa de protesta.

Igualmente se inscriben en la narrativa de protesta las peripecias de los amores, vejaciones, fuga y avezada guerra de guerrillas del cacique Enriquillo contra sus opresores. Tan subyugante resulta el largo relato de aquellos sucesos que Manuel de Jesús Galván con ellos tejió la trama de una de las novelas más celebradas de nuestro período romántico¹⁶. Y en la misma línea de protesta relata Las Casas, llegando esta vez a niveles de trágica grandeza, la captura y muerte del cacique Caonabó. Esta narración comienza así:

Enviado [Hojeda] por el Almirante disimuladamente con nueve cristianos, él sólo a caballo, para visitar de su parte al rey Caonabó, de quien arriba dijimos ser muy gran señor y muy más esforzado que otro alguno de esta isla, y a rogarle que lo fuese a ver a la Isabela y si pudiese, prenderlo con un ardid que había pensado. Porque a este rey o cacique temía más que a otro de la isla el Almirante y los cristianos, porque tenía nuevas que trabajaba mostrar su valor y estado, en guerras y fuera de ellas, preciándose de que se viese y estimase su majestad y

15. Lib. III, cap. 92: III, 143-145.

16. Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo, leyenda histórica dominicana* (1503-1533).

Las Casas intercala otras leyendas anticipatorias del gusto romántico. Sirva de ejemplo la siguiente de fantasmas y aparecidos en la abandonada villa de la Isabela:

Dijose también públicamente y entre la gente común al menos se platicaba y afirmaba, que una vez, yendo de día un hombre o dos por aquellos edificios de la Isabela, en una calle aparecieron dos rengleras, a manera de dos coros de hombres, que parecían todos como gente noble y del palacio, bien vestidos, ceñidas sus espadas y rebozados con tocas de camino, de las que entonces en España se usaban; y estando admirados aquel o aquellos a quien esta visión parecía, cómo habían venido allí a aportar gente tan nueva y ataviada, sin haberse sabido en esta isla de ellos nada, saludándolos y preguntándoles cuándo y de dónde venían, respondieron callando: solamente, echando mano a los sombreros para los resaludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos, quedando descabezados, y luego desaparecieron: de la cual visión y turbación quedaron los que lo vieron cual muertos y por muchos días penados y asombrados (Lib. I, cap. 92: I, 378).

autoridad real en obras y palabras y gravedad; y ayudábale a esto tener dos o tres hermanos, muy valientes hombres, y mucha gente que lo corroboraba, por manera que por guerra no se pensaba poderlo tan aína sojuzgar.

El ardid fue aqueste: que como los indios llamasen al latón nuestro turey, e a los otros metales que habíamos traído de Castilla, por la grande estima que de ello tenían como cosa venida del cielo, porque llamaban turey al cielo, y así hacían joyas de ellos, en especial del latón, llevó el dicho Alonso de Hojeda unos grillos y unas esposas muy bien hechas, sotiles y delgadas y muy bruñidas y acicaladas, en lugar de presente que le enviaba el Almirante, diciéndole que era turey de Vizcaya, como si dijera cosa muy preciosa venida del cielo, que se llama turey de Vizcaya. Llegado Hojeda a la tierra y pueblo del rey Caonabó, que se decía la Maguana, y estaría de la Isabela obra de 60 leguas o 70, apeado de su caballo y espantados todos los indios de lo ver, porque al principio pensaban que era hombre y caballo todo un animal, dijeron a Caonabó que eran venidos allí cristianos que enviaba el Almirante, Guamiquina de los cristianos, que quería decir el señor o el que es sobre los cristianos, y que le traían un presente de su parte, que llamaban turey de Vizcaya. Oído que le traían turey, alegrose mucho, mayormente que como tenía nueva de una campana que estaba en la iglesia de la Isabela, y le decían los indios que la habían visto, que un turey que tenían los cristianos hablaba, estimando que cuando tañían a misa y se allegaban todos los cristianos a la iglesia por el sonido de ella, que porque la entendían hablaba, y por esto deseábala mucho ver, y porque se la trajesen a su casa la había algunas veces, según se dijo, enviado al Almirante a pedir; así que holgó que Hojeda entrase donde él estaba; y dijose que Hojeda se hincó de rodillas y le besó las manos, y dijo a los compañeros: “Haced todos como yo.” Hízole entender que le traía turey de Vizcaya y mostrole los grillos y esposas muy lucias y como plateadas, y por señas y algunas palabras que ya el Hojeda entendía, hízole entender que aquel turey había venido del cielo y tenía gran virtud secreta y que los Guamiquina o reyes de Castilla se ponían aquello por gran joya cuando hacían areítos, que eran bailes, y festejaban, y suplicole que fuese al río a holgarse y a lavarse, que era cosa que mucho usaban (y estaría del pueblo media legua y más por ventura, y era muy grande y gracioso, llamado Yaqui, porque nace de una sierra con el otro que dijimos arriba, que sale a Monte Christi, y el Almirante le puso el Río del Oro), y que allí se los pondría donde los había de traer, y que después vendría caballero en el caballo y parecería ante sus vasallos como los reyes o quamiquinas de Castilla. Determinó de lo hacer un día, y fuese con algunos criados de su casa y poca gente al río, harto descuidado y sin temor que nueve cristianos o diez le podían hacer mal, estando en su tierra, donde tenía tanto poder y vasallos. Después de se

haber lavado y refrescado, quiso, muy codicioso de ver su presente de turey de Vizcaya y probar su virtud, y así Hojeda hace que se aparten los que con él habían venido un poco y sube sobre su caballo, y al rey pónenle sobre las ancas, y allí échanle los grillos y las esposas los cristianos con gran placer y alegría, y da una o dos vueltas cerca de donde estaban por disimular, y da la vuelta, los nueve cristianos juntos con él, al camino de la Isabela, como que se paseaban para volver, y poco a poco, alejándose, hasta que los indios que lo miraban de lejos, porque siempre huían de estar cerca del caballo, lo perdieron de vista; y así les dio cantonada y la burla pasó a las veras. Sacan los cristianos las espadas y acometen a lo matar, si no calla y está quedo a que lo aten bien al Hojeda con buenas cuerdas que llevaban y con toda la priesa que se podrá bien creer, de ello por camino, de ello por las montañas, fuera de él, hasta que después de muchos trabajos, peligros y hambre, llegaron y lo pusieron en la Isabela, entregándolo al Almirante.

De esta manera y con esta industria y por este ardid del negro turey de Vizcaya prendió al gran rey Caonabó, uno de los cinco principales reyes y señores de esta isla, Alonso de Hojeda, según era público y notorio, y así se platicaba y muchas veces como cosa muy cierta lo hablabamos de que yo llegué a esta isla, que fue seis o siete años después de esto acaecido¹⁷.

Llegado a este punto, interrumpe la acción para demostrar que la verdadera versión de la captura es ésta, y no la amañada que dan otras personas. Y torna al relato para llevarlo hasta el fatídico desenlace. Con magistral pericia comienza ahora por una escena que acrecienta la simpatía del lector hacia el protagonista:

estando el rey Caonabó preso con hierros y cadenas en la casa del Almirante... [cuando entraba Hojeda] se levantaba a él y lloraba, haciéndole gran reverencia, y como algunos españoles le dijese que por qué hacía aquello siendo el Almirante Guamiquina y el señor, y Hojeda súbdito suyo como los otros, respondía que el Almirante no había osado ir a su casa a lo prender sino Hojeda, y por esta causa a sólo Hojeda debía él esta reverencia y no al Almirante.

Determinó el Almirante llevarlo a Castilla y con él otros muchos para esclavos que hinchiesen los navíos... Y teniendo ya embarcado al rey Caonabó en un navío de los que estaban para partir en la Isabela, para mostrar Dios la injusticia de su prisión y de todos aquellos inocentes, hizo una tan deshecha tormenta, que todos los navíos que allí estaban con toda la gente que había en ellos (salvo los españoles que pudieron escaparse), y el rey Caonabó cargado de hierros, se ahogaron e hobieron de perecer¹⁸.

17. Lib. U, cap. 102; I, 406-407.

18. Lib. I, cap. 102; I, 408.

No obstante el apremio de la prosa y las digresiones para demostrar la veracidad de su versión o explicar términos indígenas, Las Casas le confiere unidad al relato y despliega otras cualidades de experto expositor. Siguiendo una bien concebida organización de la materia narrativa, en el primer párrafo caracteriza al protagonista a la vez que nos mueve a sentir honda simpatía hacia él: nos presenta, desde el principio, a un héroe legendario, valiente y esforzado, atrapado en la red de un infausto destino. Es un personaje digno de Sófocles o Eurípides.

En el segundo párrafo súbitamente anuncia: “El ardid fue aqueste”. Y a continuación, cambiando el ritmo al de una prosa pausada y solemne, como de adagio lamentoso, va desarrollando la trama del engaño. Este cambio de ritmo le permite reiterar, en trágico ritornello, el principal motivo temático: el turey, el funesto turey de Vizcaya. Y procurando que el tiempo siga transcurriendo despaciosamente, lo entrelaza con otro de sus temas constantes: el desajuste de dos culturas, distintas y antagonicas, que entran de pronto en contacto. En tal contexto el latón era para Caonabó, como son todos los metales en las culturas amerindias, emanación de los dioses y poseía cualidades curativas. Para sus antagonistas, en cambio, era un mero material para la manufactura de algunos objetos, en este caso grillos y esposas. Y para realzar la importancia de tales “joyas” en el desarrollo de la acción, las describe minuciosamente: “muy bien hechas, sotiles y delgadas y muy bruñidas y acicaladas”. Del turey de estos fatídicos instrumentos pasa al otro turey, la campana de la iglesia de la Isabela. Y al repetir el término una decena de veces en ese párrafo, la reiteración cobra un ominoso tañido, como de campanas que doblasen a muerto. Y ambos tureyes adquieren en tal contexto un sentido simbólico completamente opuesto al que debieran de haber tenido. Las esposas, mágico amuleto para libertar a Caonabó de padecimientos y desdichas, se torna en instrumento de esclavitud y pesar; la campana, que llama a los fieles a participar en el acto litúrgico que define la caridad de Cristo y es promesa de vida eterna, para Caonabó es presagio de su infausto fin bajo las embravecidas ondas del mar. Y crece en magnitud el simbolismo: su confiada jornada hacia el río es el principio de su viacrucis, y su entrada en las aguas del Yaquí las abluciones purificadoras antes de la consumación del sacrificio. Para que nada faltase al argumento de esta pavorosa tragedia, el héroe, en toda su grandeza, tiene una falla fatal: el orgullo. Orgullo de su poder, que le lleva a sentirse “descuidado y sin temor” ante el inminente peligro que le amenaza. Y orgullo de aparecer ante sus vasallos, “caballero en su caballo”, como un gran Guamiquina de Castilla. He ahí su hamartia. Y por ello la ineluctable caída en manos de sus arteros aprehensores.

Alcanzado el clímax, Las Casas pergeña una breve monodia para proclamar, en función del coro en la tragedia griega, la injusticia sufrida por el protagonista: “de esta manera, y con esta industria, y por este ardid del negro turey de Vizcaya, prendió al gran rey Caonabó... Alonso de Hojeda”. Un solo adjetivo le ha bastado para destacar la conmiseración y la ira que vibraba en la voz del coro: el turey ya no es ni acicalado ni bruñido. Intensificando el sentido mediante un eficaz oxímoron, el funesto artefacto de los cristianos es ahora “el *negro* turey de Vizcaya”.

Terminado este movimiento, lento y grave, Las Casas inicia, en contraste, el rápido desenlace. Describe primero la humillación del gran rey ante su deleznable captor. Y en seguida, para que el hado se cumpliera en todo su terror, Caonabó es conducido al navío y, cargado de hierros, sucumbe en medio de la desatada furia de un huracán.

La tragedia ha terminado. El lector-espectador ha sufrido una profunda catarisis. Pero sigue vibrando, a través de los siglos, la airada protesta. ¿Era esa la manera de pacificar la tierra? ¿Era esa la manera de llevar la fe de Cristo a los moradores de las Indias? Y el eco de aquel crimen todavía resuena, y llena de indignación, a los lectores de hoy.

Examinemos un relato más, en el cual Las Casas nuevamente incide en la dicotomía hombre o bestia. Exponía los estragos de la conquista en la población indígena de Puerto Rico, y de pronto interrumpe la exposición para narrar un episodio, casi humorístico, de lo que ocurrió entre una vieja y un perro. Ese episodio, al parecer nimio, cobra inusitada importancia dentro de la estructura del capítulo: al concentrar la atención del lector en aquel detalle del cuadro entero, le obliga, reduciendo la perspectiva, a participar directamente como observador de los hechos. Y el jocoso interludio, con su desenlace feliz, por contraste realza aún más el trágico destino de aquel pueblo. Explicado el contexto en que aparece, veamos ahora el pasaje en sí. Es el siguiente:

Quien principalmente hizo la guerra y ayudó más que otros fue un perro que llamaban Becerrillo, que hacía en los indios estragos admirables, y conocía los indios de guerra y los que no lo eran como si fuera una persona; y a éste tuvieron los que asolaron aquella isla por ángel de Dios. Y cosas se dicen que hacía maravillosas, por lo cual temblaban los indios de él que fuese con 10 españoles, más que si fuesen 100 y no lo llevasen: por esta causa le daban parte y media, como a un balletero, de lo que se tomaba, fuesen cosas de comer o de oro o de los indios que hacían esclavos, de las cuales partes gozaba su amo: finalmente, los indios, como a capital enemigo lo trabajaban de matar y así lo mataron de un flechazo.

Una sola cosa de las que de aquel perro dijeron quiero aquí escribir. Siempre acostumbraron en estas Indias los españoles, cuando traían perros, echarles indios de los que prendían, hombres y mujeres, o por su pasatiempo y para más embravecer los perros, o para mayor temor poner a los indios que los despedazasen; acordaron una vez echar una mujer vieja al dicho perro, y el capitán dióle un papel viejo, diciéndole: “Lleva esta carta a unos cristianos”, que estaban una legua de allí, para soltar luego el perro desde que la vieja saliese de entre la gente; la india toma su carta con alegría, creyendo que se podría escapar de manos de los españoles. Ella salida, y llegando un rato desviada de la gente, sueltan el perro; ella, como lo vido venir tan feroz a ella, sentóse en el suelo y comenzóle a hablar en su lengua: “Señor perro, yo voy a llevar

esta carta a los cristianos; no me hagas mal, señor perro”, y extendiéndole la mano mostrándole la carta o papel. Paróse el perro muy manso y comenzóla de oler y alza la pierna y orinóla, como lo suelen hacer los perros a la pared, y así no la hizo mal ninguno; los españoles, admirados de ello, llaman al perro y átanlo, y a la triste vieja libertáronla, por no ser más crueles que el perro.

Tras el fácil fluir de la anécdota y la explicable premura de la redacción hay en ese pasaje recursos estilísticos y procedimientos retóricos que Las Casas emplea con extraordinaria destreza. En primer término, como en rigor se trata de un cuento breve en el cual el perro es el protagonista, Las Casas comienza por caracterizarlo, humanizándolo y elevándolo al mismo plano del otro personaje principal, la anciana indígena. En consecuencia, le da nombre propio, Becerrillo; le dota de juicio para discernir, “como si fuere una persona”, y hasta le hace aparecer, en opinión de los conquistadores, como “ángel de Dios”. El arbitrio de elevar a Becerrillo de bestia a hombre y de hombre a ángel va envuelto, además, en un tono irónico que subraya cuan al revés de toda razón andaban las cosas en aquel tiempo y lugar: los estragos que el perro hacía eran “admirables”, las cosas por las cuales temblaban los indios de él eran “maravillosas”, y por su bestial ferocidad se le miraba, siguiendo la absurda lógica de la situación, como a instrumento escogido por la voluntad divina. A este paradójico Cid Campeador de los mastines se le pagaba, por consiguiente, como a un ballestero. Y al fin, como a capital enemigo, los indios lo despacharon de un flechazo.

Concluida la caracterización de Becerrillo, Las Casas anuncia el comienzo de la acción: “Una sola cosa de las que de aquel perro dijeron quiero aquí escribir”. Y desarrollando un proceso inverso, empieza por animalizar a la india para nivelarla con el perro. Con igual sentido irónico, pero empleando ahora no la hipérbolo, sino la lítote o atenuación, cuenta, como quien explicara la cosa más natural del mundo, que los españoles, “por su pasatiempo y para más embravecer los perros”, les echaban los indios, hombres y mujeres, que prendían: eran, simplemente, presas propicias para alimentar a otras bestias. Y la anciana de este cuento, así reducida a mero animal apartado de su rebaño, hasta carece de nombre propio: se le menciona primero como “una mujer vieja” y luego “la vieja”, “la india” y al final, con mal contenida ternura de parte del narrador, “la triste vieja”. Por pasatiempo, pues, para más embravecer a Becerrillo, se la echarán al mastín haciéndola que lleve una carta falsa. A continuación Las Casas plantea un caso típico de ironía dramática: la india toma con alegría el papel, pensando que podrá escapar; el lector, que conoce el cruel designio de los captores, espera otro desenlace. Sueltan luego al perro, que feroz se acerca a ella. Y cuando es ya inminente la escena en que éste la destroce, ocurre lo inesperado: la anciana in-nominada, humanizando también a su presunto victimario, le habla con patética humildad, tratándolo de señor: “Señor perro... no me hagas mal, señor perro”. Y Becerrillo, deshumanizándola, y más aún, cosificándola, “orinóla, como lo suelen hacer los perros a la pared, y así no la hizo mal ninguno”. Alcanzado el clímax, a renglón seguido, y usando sólo las palabras absolutamente in-

dispensables, Las Casas concluye el cuento y agrega un brevísimo comentario: “Los españoles, admirados de ello, llaman al perro y átanlo, y a la triste vieja libertáronla, por no ser más crueles que el perro”.

“Por no ser más crueles que el perro”. Ese comentario, casi como atado al resto del párrafo por una simple preposición, produce una especie de sacudimiento moral que confiere al cuento, por sobre el tono de zumbona ironía, una trascendencia aún mayor. Porque en realidad Las Casas no se ha detenido a contar el comportamiento de un perro hacia una vieja, sino a ejemplificar la crueldad del hombre contra el hombre. Y si bien se trata aquí de un particular grupo de españoles que actúan, apartados de su patria y de sus leyes, sin las restricciones normales impuestas por una sociedad civilizada, la misma conducta —o falta de conducta— se ha repetido y se sigue repitiendo en otras partes del globo. Para comprobar su deplorable universalidad baste con que se recuerden los horrores de la Alemania de Hitler, el linchamiento de negros en el norte de este hemisferio y las matanzas de campesinos y el genocidio de indígenas en varios países del centro y del sur. El hombre, cuando la codicia o el miedo le ofuscan la razón, en todas partes y en todas las épocas es la más feroz e inhumana de las bestias. Y visto el cuento en tal contexto, queda situado en la misma línea del sermón que Montesinos predicó a los conquistadores en Santo Domingo, en la misma línea de las lecciones de Vitoria en Salamanca, en la misma línea del debate que el propio Las Casas sostuvo con Sepúlveda en Valladolid. Lo que Las Casas ha hecho en este cuento es salir, una vez más, en defensa de la agredida dignidad del hombre. Su infatigable pluma, de dolid y potente expresividad, representa lo mejor y más noble de la conciencia de España. Y es parte muy principal del legado que de él hemos recibido los escritores hispanoamericanos de buena voluntad.

19. Lib. II, cap. 55; II, 389.

Quienes piensen que Las Casas exagera pueden referirse a Oviedo, quien explica: “Ha de entender el lector que aperrear es hacer que perros le comiesen o matasen, despedazando el indio, porque los conquistadores en Indias siempre han usado en la guerra traer lebreles e perros bravos e denodados; e por tanto se dijo de suso montería de indios” (*Historia general y natural de las Indias*, lib. XVII, cap. 23).

Después de la conquista continuó la práctica de emplear perros bravos para perseguir a indios y negros cimarrones. Carpentier se hace eco de esas tropelías —y también sitúa a igual nivel a los dos protagonistas, Perro y Cimarrón— en su admirable cuento *Los fugitivos*.